

De pronto, una mano se apoyó en su hombro, y una voz cariñosa y bien conocida dijo estas palabras:

—Hijo, ¿á dónde vas?

—Voy, padre, á ensillar al instante una mula para ir á buscar un médico—respondió el desgraciado con voz que se esforzó en hacer firme y tranquila.—¡El niño se muere!....

—¡Hijo de mi alma! ¡pobre hijo mio!—exclamó el viejo Juan María dando curso á los sollozos y estrechando á Pedro contra su pecho.—¡Todo lo sé! ¡todo lo he oido!

—Cállelo V., pues, padre—respondió Pedro, que correspondió al abrazo del anciano, llorando tambien.—¡Calle V. mi deshonra—añadió—y déjeme el cuidado de vengarme!

—Pero ¡él es tu hermano, Pedro!—siguió el anciano con acento sofocado y lleno de angustia.—¡No seas otro Caín, tú, que siempre fuiste tan bueno, tan honrado, tan generoso!.... No hagas que Dios te pregunte algun dia: «¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano?»

—Padre—respondió el esposo de Marta:—ahora voy á cuidar de la vida de mi hijo: ¡mañana..... mañana, veremos lo que Dios dispone de mí!....

Fué, dichas estas palabras, á la cuadra, aparejó la más ligera de las mulas que habia allí, montó en ella y salió á escape para ir al pueblo más cercano en que habia médico, poderoso auxilio de que carecia Cabañas.

VII.

TEMPESTAD.

El doctor llegó, y Pedro, á pié, al lado de la mula que le conducía.

Vió al niño, junto al cual se hallaba otra vez su madre, que le miraba con hondo dolor.

Todas las reflexiones de Joaquina habian sido inútiles para hacerla permanecer en la cocina, pues Marta se habia obstinado en volver junto á la cuna de la criatura y en darle el alimento de su seno.

El médico observó al niño y meció la cabeza: no obstante, para no desconsolar á la familia, recetó una bebida muy suave, y se dijo á sí mismo que aquella medida, ineficaz para conservarle la vida, podría, al ménos, alargársela por algunos dias.

—La madre me parece que tampoco está muy buena—dijo Juan María mirando severamente á Marta.—Señor, haga V. el favor de examinarla, no sea cosa que su leche haga daño al niño.

El médico tomó el pulso de Marta, y dijo despues, mirándola con lástima:

—¡Esta pobre jóven tiene una horrible fiebre nerviosa! Está más mala de lo que VV. y ella misma se figuran, y amagada de un arrebato de sangre al cerebro: es forzoso que se acueste al instante.

—¿De modo—dijo Joaquina desconsolada—que no podrá dar de mamar al niño?

—Es nocivo para el niño que le dé; pero el dejar de darle es mortal para ella.

—¡Que no le vuelva, pues, á dar el pecho!—exclamó el abuelo sin poderse contener.

—¡Padre!—exclamó Pedro—¿qué dice V.?

—¡Ay, hijo mio!—murmuró el anciano bajando la voz, en tanto que el médico se retiraba un poco para volver á examinar al niño;—¡tu mujer se ha perdido para tí! ¿qué importa, pues, que se muera? ¡Tu hijo es inocente! ¿por qué le ha de matar esa mujer, que no se acordó de él para ser honrada?

—¡No permita Dios que yo cargue mi conciencia con un cobarde asesinato!—repuso Pedro;—sola la fatalidad podría hacerme culpable de tal delito..... y al fin, padre mio..... ¡yo la he querido con el alma, y esto no se arranca fácilmente del corazón!

El anciano calló y enjugó una lágrima que brotaba de su pupila: ¡cosa extraña! los ancianos lloran pocas veces, porque las fuentes del llanto se secan con los años, y sin embargo, los ojos de Juan María estaban constantemente llenos de llanto desde que supo la deshonra de su hijo: ¡le había él transmitido una honra tan pura é inmaculada! ¡habían sido siempre él, su esposa y sus hijos tan estimados de todos, que no podían resolverse á ser compadecidos!

El doctor se marchó ya muy tarde. Marta, abrumada de fatiga y adormecida por la aguda fiebre que, á causa de sus angustias de madre y de esposa, se iba apode-

rando cada instante más de ella, se recostó en el lecho: la buena Joaquina, que ignoraba la horrible tempestad que se cernía sobre su familia, le prodigó toda clase de cuidados, la abrazó y la tranquilizó respecto al peligro del niño, con todas las tiernas palabras que le sugirió su excelente corazón.

Cerca ya de la madrugada, Juan María y su hijo consiguieron que la abuela se separase de la cuna de su nieto, y que se fuese á descansar un rato, diciendo que ellos cuidarían del niño.

Poco despues empezaron á escaparse de los pálidos labios de Marta palabras entrecortadas; parecia que la infeliz había adivinado que la anciana era su ángel bueno, y que, ausentándose ésta, quedaba á merced de aquellos dos hombres ultrajados.

Pedro acercó su oído á los labios de Marta, pero nada pudo comprender más que estas palabras, ahogadas por sollozos:

—¡Pedro..... perdon..... hijo mio..... hijo mio!.....

El ofendido esposo se separó del lecho con los ojos llenos de lágrimas de compasion.

Un instante despues se incorporó Marta; ya empezaban á desaparecer del cielo las estrellas: la jóven pasó por la frente sus manos, recogió sus cabellos y bajó al suelo, prestándole fuerzas el afán de acudir á la cita de la casilla.

—¿Á dónde vas?—le preguntó Pedro con una calma terrible para el que hubiera observado la contraccion de sus facciones.

—Voy..... allá..... á la casa donde vivía mi madre—

respondió Marta con voz balbuciente.—Me dejé allí una llave y la necesito..... Pedro..... y V., padre mio, no se separen del niño hasta que vuelva yo.

—Vé—dijo Pedro;—tal vez el aire libre te hará bien.

Marta miró con ansia á la ventana; el alba clareaba ya los vidrios con su blanca luz: dirigióse á la puerta, y ya en ella, se detuvo, se cubrió el rostro con las manos y echó á llorar.

—¿No vas?—le preguntó su marido.

—Sí..... sí..... ¡Voy ahora mismo!—dijo ella.—Es preciso.

Fué á la cuna del niño y se arrojó de rodillas para abrazarlo; pero al lado del lecho infantil, en pié, sombrío y amenazador, se halló á Juan María.

Es imposible explicar cuánto habia de odio en las facciones del anciano y en la mirada que clavó en la desgraciada Marta.

Esta salió, por fin, sin atreverse á mirar á su marido; su cabeza ardía y en su cerebro se habia enclavado esta idea:

—Me espera..... debo ir para ver hasta dónde llegan su vileza y su infamia.

No bien hubo desaparecido Marta, Pedro se levantó y se dirigió también á la puerta.

—¿Á dónde vas, hijo?—dijo su padre.

—Luégo vuelvo—respondió Pedro, eludiendo toda contestacion más clara.

—Voy contigo—añadió Juan María.

Pedro se detuvo y pareció reflexionar con aquella ma-

durez de juicio que toda su vida le habia distinguido y le habia hecho parecer de más edad que la que realmente tenía.

—Padre—dijo despues—yo solo debia saber la flaqueza de esa mujer que llamé mia; yo solo debia conocer hoy hasta dónde llega; pero V., ademas de mi padre, es mi amigo y el único que he tenido en toda mi vida: ¡vamos! si ve V. que estoy cerca de cometer un asesinato, contenga mi brazo, porque se trata de mi mujer y de mi hermano; no sea V. juez de ellos, sino su defensor..... para juez, ¡basto yo!

Juan María tomó la mano de su hijo y se la estrechó con fuerza; luégo salieron los dos juntos: al pasar por la cocina, dijo el anciano á su esposa:

—Sube con el niño, que queda solo.

—¿Á dónde vais?—preguntó Joaquina admirada.

Ni uno ni otro respondieron y salieron á la calle: ya se distinguian los objetos con toda claridad: padre é hijo bajaron en silencio todo lo que quedaba de la calle, y se hallaron bien pronto en el campo.

De repente, y á la vuelta de un ángulo que formaba la última casa del pueblo, vieron un bulto informe, acurrucado junto á la tapia: parecia un perro enorme; pero acercándose Juan María, vió que tenía forma humana: agitó un poco el bulto y reconoció al hijo del *Romo*.

Ya iban padre é hijo á proseguir su camino, cuando el idiota, que hacía ya dias habia dejado su costumbre de cantar, dijo sollozando y con ronca voz:

—¡Me ha pegado mucho!..... ¡mucho!

—¿Quién?—preguntó Juan María.

—¡Él!..... ¡toma! ¡Mariano!

—¿Ha pasado por aquí?

—¡Me pegó esta noche!..... estuvo hablando con ella en el cortijo.

—Con ella..... ¿quién es ella?

—Ella estaba en la ventana..... y él abajo..... yo me agazapé para escuchar lo que decían..... me vió y me sacudió..... ahora, ha pasado por aquí..... y le he de volver sus golpes.....

El idiota, al decir estas palabras, ocultaba detras de él alguna cosa, con un empeño que tenía algo de feroz y de vengativo.

—Es decir—repuso Juan María, preocupado sólo por sus dolorosas reflexiones;—es decir, que Mariano ha estado esta noche hablando con Susana, ¿no es cierto?

—¡Chit! no la nombres!—dijo el idiota poniéndose el dedo en los labios con una risa bestial.

—¿Por qué?

—Porque así que yo la llamo, echa á correr y á gritar, y viene él, y me pega..... ¡Todo el cuerpo me duele con los golpes que me dió la noche pasada, porque no queria irme de allí!..... ¡Mira!

Y el pobre imbécil entreabrió su camisa y mostró su demacrado pecho, cubierto de manchas moradas, fruto de los golpes de Mariano.

—Pero ¿dónde estabas tú?—preguntó Juan María.

—Yo estaba allí..... al lado de mi casa..... Cuando mi padre y D. Lorenzo estuvieron acostados, abrí y salí á la calle para oír lo que hablaban..... hablan todas las no-

ches, todas..... y como ella lo busca..... y á mí me teme, iba á ver si podia aprender lo que él le decia.

—Y él ¿dónde estaba?—preguntó el anciano atónito, al ver que el amor hacia casi las veces de la razon en aquel pobre idiota.

—¡Él, estaba..... allí..... á mi lado!

—¿Y ella?

—En la ventana..... le esperaba..... y cuando llegó le hablaba con una voz tan dulce, tan dulce, como el canto de los pájaros..... y para que yo no la oyera..... él me pegó..... y yo no queria irme..... ¡y me pegó tanto, que me tuve que marchar!..... ¡pero aquí le espero!—añadió *el Romico* con una rabia reconcentrada.

—¿Y está él allí todavía?

—No..... hablaron hasta que salió el alba..... luego ella se fué, y él tambien.

—¿Ha pasado por aquí?

—Sí..... hace poco..... muy poco..... pero entónces todavía no habia yo hallado lo que necesitaba.

El idiota volvió á acurrucarse, y entónces se puso á entonar, con voz ronca, su canto gutural; pero poco á poco su voz se fué apagando, y quedó todo en el más profundo silencio, turbado sólo por el canto de los pajaritos que se despertaban.

Juan María dejó al idiota y apresuró el paso para alcanzar á Pedro, que ya se hallaba á alguna distancia.

El pobre padre sentia su alma llena de cólera hácia Marta; llena de piedad hácia Pedro; llena de crueles temores por la suerte de Mariano.

Segun lo que acababa de decirle el hijo del *Romo*,

era evidente que su hijo menor había acudido ya á la cita, y que el mayor iba á ponerse en acecho.

Al oír hablar del coloquio nocturno, había tenido por algunos instantes una loca esperanza: se había dicho que tal vez Mariano no acudiría á la cita de Marta.

¡Pero, no! Aquel, hipócrita y fementido, como lo había sido siempre, dejaba á la inocente hija de Lorenzo para correr hácia la culpable esposa de su hermano.

Cuando llegó Juan María á la casilla que la caridad de su esposa había cedido á la miseria de la tía Potamiana, Pedro se hallaba en la más extraña posición que pudiera haberse imaginado.

La casilla figuraba una especie de covacha, según ya queda dicho; pero dentro de la cocina había una escalera, que llevaba á una especie de camaranchon, alumbrado por una gran ventana, que se abría al tejado.

Aquella ventana no tenía hierros, y estaba sólo atravesada por dos barrotes de madera en forma de cruz, ya viejos y carcomidos por la lluvia.

Ni Juan María ni su hijo habían pensado en el medio de ponerse á escuchar; pero, al llegar, el padre comprendió que el hijo le había hallado con aquella rapidez de decisión que le era tan natural, y que hacía tan magnífica armonía con la solidez de su juicio.

Pedro se había encaramado por la pared de piedras y argamasa que formaba la espalda de la casilla, y ya tocaba al tejado; su padre le dejó hacer sin decir una palabra, y bien pronto le vió sentarse y arrancar con mano fuerte uno de los dos palos que formaban la cruz de la ventana.

El barrote saltó sin producir el menor ruido; Pedro avanzó hasta el extremo del tejadillo é hizo señas á su padre de que subiera, alargándole las manos.

Juan María trepó con ligereza; apoyóse en la diestra de Pedro, y un instante despues padre é hijo desaparecian en el interior de la casilla, introduciéndose por la ventana.

Halláronse en la escalera, y bien pronto, descendiendo algunos peldaños, pudieron ver la escena que tenía lugar en el aposento único de aquel mísero asilo.

VIII.

EL JUEZ.

Marta, sentada en el arcon que ya conocemos, tenía las manos cruzadas sobre las rodillas; conociase que ya hacía rato que esperaba.

Toda la desesperada vergüenza que puede contener el corazón de una mujer se veía impresa en sus rojas mejillas y en el brillo ardiente de sus ojos; sus labios pálidos temblaban como las hojas de una flor batidas por el viento.

Mariano acababa de entrar: su cara, siempre bella y dulce, estaba tranquila; la dicha sonreía en sus azules ojos; un elegante de aquellos á quienes nosotros concedemos la palma en nuestra gran sociedad, hubiera envi-

diado la graciosa gallardía de toda su persona y la perfección de su talle.

Acercóse á la jóven, se sentó á su lado, y quiso tomarle la mano; pero ella la retiró con altivez, é iba á hablar impetuosamente, si Mariano se lo hubiera permitido.

No pudo decir nada, porque él se lo estorbó tomando la palabra.

—Marta—le dijo—anoche estuviste muy imprudente; cualquiera hubiera creído que te habías vuelto loca.

—¡Calla!—repuso la jóven;—no prosigas hasta despues que hayas respondido á una pregunta que voy á hacerte: ¿vas á casarte?

—Sí—respondió Mariano con extrema sencillez, sin vacilacion y sin temor alguno.

—¿De modo que todo aquello que me decias de hacerte contrabandista, si yo no te correspondia, era mentira?

—Casi: queria que á lo ménos me oyeras; lo conseguí..... y te lo agradezco.

—¿Y despues de lo que pasó ayer piensas aún en casarte?

—¡Sí! ¿pero qué tiene que ver.....

—¡Qué tiene que ver!—respondió Marta, que se ahogaba.

—¡Es claro! ¿qué tiene que ver que me case ó no? Me caso con esa muchacha, porque es rica; pero no por eso dejo de quererte á tí mil veces más que á ella.

Un largo silencio sucedió á estas palabras; Pedro tuvo que contener á su padre, que, ardiendo de ira, queria lanzarse sobre su culpable hijo.

Marta fué la primera que tomó la palabra, levantóse con solemnidad y dijo al hermano de su esposo con acento firme:

—¡Mariano, eres un infame!

—¡Bueno! no quiero contradecirte.

—¡Y no te casarás!

—Eso es otra cosa: es preciso que me case.

—¡No te casarás!

—Me casaré.

—No te casarás—repitió Marta;—por el contrario, saldremos los dos de este pueblo, y no me abandonarás despues de haberme perdido; es imposible que tengas el corazon tan duro.

—Chica, lo dicho; tú te has vuelto loca—dijo Mariano con sorna;—deja las cosas como están, y es lo mejor; vive al lado de tu marido, y yo viviré al lado de mi mujer: ni lo uno ni lo otro impedirá que yo te quiera como á las niñas de mis ojos y que nos veamos siempre que nos dé la gana, aquí ó en otra parte.

—¿De modo que tú quieres que yo siga engañando á mi marido?

—Ojos que no ven, corazon que no llora.

—¿Y que viva á su lado haciéndole traicion todos los dias?

—No se la hagas, si eso te parece mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Que no vuelvas á verme más.

—¿Luego nunca me has querido?

—Marta—dijo Mariano, cuyo dulce semblante tomó instantáneamente una expresion feroz— más vale que te

hable con toda franqueza, y ahorre más rencillas para en adelante; me has gustado siempre como me gustan todas las mujeres jóvenes y bonitas.

—Y..... ¿nada más?—preguntó Marta con los dientes apretados.

—Nada más: lo que ha pasado ayer.....

—¡Acaba!

—Pues bien; más que amor á tí, sentía yo la necesidad de vengarme de mi hermano.

—¡De Pedro!—gritó la jóven con indignacion;—¡de mi querido y generoso Pedro!

—¡Sí, de tu Pedro! ¡de ese Pedro que toda mi vida me ha castigado de obra y de palabra! ¡de ese Pedro, al que jamas he podido engañar como engañaba á todo el mundo! ¡Me he vengado!..... ¡Nada más necesito ya!

—¿Y no temes que castigue tu infamia?

—¿Y quién se la dirá?

—¡Yo!

Mariano palideció al oír esta enérgica afirmativa de Marta; pero, pasados algunos instantes, desapareció su emoción, y contestó con una frialdad desdeñosa:

—Tú..... no harás eso.

—¿Qué sabes tú de lo que soy capaz al verme burlada, ultrajada tan villanamente?—exclamó la pobre mujer, cuyas mejillas ardian otra vez con el fuego de la indignacion.

—¿Y de qué te serviría hacerlo? Conoces á Pedro como yo, y sabes que no me mataría; la vergüenza de semejante confesion sería para él..... y para tí.....

—Tienes razon—repuso Marta;—nos conoces mejor

que nosotros mismos..... pero no importa—añadió con una fuerza casi salvaje, despues de quedar meditabunda por algunos instantes;—áun hay otro medio para que yo pueda castigarte, pobre y abandonada mujer como soy; ya no te quiero..... todo el amor que te tenía, y que tú has sabido encender con tus falsedades, se ha apagado en mí..... pero ahora me queda otro interes, ¡el de vengarme de tí!

—¿De qué modo?—preguntó Mariano con una carcajada sardónica.

—Pronto lo has de saber—respondió Marta, dirigiéndose á la puerta.

—¿Estás loca? ¿á dónde vas?

—¡Al cortijo del *Rico*! Quiero decirle quién es el hombre á quien va á dar su hija..... todo se lo contaré..... mi falta..... y tu infame abandono.....

Marta habia llegado al último grado de exaltacion: su paso era incierto y vacilante, todo su cuerpo temblaba sacudido por una horrible fiebre; en sus mejillas reemplazaba el carmin más arrebatado á una palidez casi lívida.

Mariano, al oírle decir que iba al cortijo, corrió á la puerta, sacó la llave puesta por la parte de afuera, cerró por dentro y se la guardó.

—¡No saldrás de aquí—dijo con voz ronca—á ménos que no me prometas callar!

Al decir estas palabras una implacable ferocidad estaba pintada en la poco ántes dulce y risueña cara del jóven; su labio superior se levantaba, dejando ver sus pequeños y blancos dientes apretados; sus ojos lanzaban

chispas, y se conocia, al verle, que no podía titubear ante ninguna violencia, por horrible que ésta fuese.

Marta le miró fiera, jadeante y respirando apénas; tendió en su derredor una mirada penetrante, y luégo, lanzándose á la ventanilla que estaba abierta, se arrojó por ella, con tanta rapidez, que Mariano, á pesar de no separar de ella sus feroces ojos, no pudo preverlo.

Pero no bien la hubo visto desaparecer, sacó de su bolsillo la llave de la puerta y fué á abrir rápidamente para lanzarse en busca de Marta.

No pudo, empero, dar un solo paso fuera del umbral: por un hueco cubierto con un pedazo viejo de indiana, y cuya existencia no sospechaba siquiera, se precipitaron en la cocina su padre y su hermano, como dos enviados de la justicia divina, austeros, imponentes y helados.

Pedro, sin sacar arma ninguna—pues jamas la habia llevado consigo—sin buscarla en derredor suyo, se acercó á su hermano y le dijo sencillamente, con voz serena y firme, asiéndole del brazo:

—Vas á morir.

—¡Yo!..... ¡á morir!..... ¡perdon!.....—balbuceó el cobarde, que hasta aquel instante habia estado petrificado de sorpresa: yo te explicaré.....

—¡Calla..... y reza!.....—respondió Pedro, sin alzar la voz, pero imprimiendo al delgado cuerpo de su hermano un movimiento tan brusco, que le hizo caer de rodillas á sus piés.

Luégo continuó, fijando en el miserable una mirada clara, firme y serena:

—Aquí..... á mis piés, sin arma ninguna, deshecho

por mi puño de hierro, que tantas veces te ha corregido y castigado en vano, vas á dejar la vida; voy á aplastarte como se aplasta á la culebra que nos muerde en el campo..... ¡tú no mereces otra cosa ni otro trabajo para matarte!

Y Pedro alzó su brazo de coloso sobre la rubia cabeza de su hermano.

Pero ántes de que aquel brazo cayese, otro cuerpo se introdujo entre los dos, y una cabeza blanca se colocó bajo el terrible puño de Pedro.

Era el padre, que se erigia juez de aquella fatídica contienda.

—Hijo mio—dijo deteniendo el brazo de su primogénito;—mi querido, mi solo hijo, suspende por tí y por mí el justo castigo que ese vil merece: Dios le castigará, no lo dudes; pero vive tranquilo, y no quieras oír entre sueños su terrible voz, al preguntarte: «¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano?» Porque te lo preguntaria, no lo dudes: ¡de estas infamias sólo Dios puede ser el justo vengador!

Luégo, volviéndose á Mariano, que se habia levantado, le dijo con voz breve é imperiosa:

—¡Véte de esta casa..... y del pueblo! ¡ya no puedes vivir donde habitan tus honrados padres!

Mariano no se hizo repetir esta orden dos veces, y salió á escape de la cocina.

Juan María condujo á su hijo mayor hasta una silla de madera, única que se veía allí y en la que se dejó caer con desaliento.

Pedro el fuerte, el valeroso Pedro prornpió en so-